

# El primer viaje a las Indias de San Francisco Javier

Relatado en el Cap. V. de la obra «El peregrino Atlante, etc.»  
de D. Francisco de la Torre (1728)

Selección y notas de Eladio Esparza

En 25 de enero de 1685 aprobaban los M. RR. PP. Fr. Luis de Barutell y Erill, Calificador del Santo Oficio, Examinador Sinodal de la Nunciatura de España y de los Obispos de Tortosa y Gerona y Francisco Brú, Catedrático de Teología en el Colegio de la Compañía de Jesús de Barcelona, el libro «*El Peregrino Atlante*, etc.» de D. Francisco de la Torre, Caballero de Calatrava, natural de Tortosa. Decía el primero: «no hay en todo él un ápice que no se vincule el aplauso». Y añadía: «Puede gloriarse la Fidelísima y Ejemplar Ciudad de Tortosa de haber tenido un hijo de tan Peregrino ingenio que puedo acreditar el siglo que le mereció». Y por su parte, escribía el segundo: «Respira cada cláusula la devoción, agudeza y elocuencia de este cisne catalán, honor del Ebro y gloria del Parnaso español». No era, por tanto, un cualquiera este D. Francisco de la Torre. El libro se imprimió, mas con bastantes erratas, por lo que en 5 de julio de 1728 se autorizaba una nueva impresión, en Madrid, a costa de José Antonio Pimentel, mercader de libros, pues un amigo suyo dice en un soneto que lleva la obra:

«En feliz hora, amigo Pimentel  
tu devoción, tu aseo y tu primor  
purifique este Libro, del error  
que le introdujo Prensa poco fiel».

El título de la obra, muy del estilo de la época, dice así: «El Peregrino Atlante | S. Francisco Xavier [ Apóstol del Oriente | Epítome histórico y Panegyrico de su vida y prodigios | escriviole Don Francisco de la Torre | Cavallero del Orden de Calatrava | dedicado, al Excelentísimo Señor Don Juan | Baptista de Orendayn y Azpilcueta, Marques | de la Paz, etc. | Año 1728 | Con licencia | En Madrid: Por la Viuda de Blas de Villanueva, en la Calle | de Alcalá | A costa de Joseph Antonio Pimentel, Mercader de

Libros, se | hallará en su Casa en la Puerta del Sol |». Tiene 365 páginas. más 24 de Dedicatoria, Aprobaciones, T a s a s, etc., etc.

Don Francisco de la Torre, gran gimnasta de la metáfora, de fantasía pletórica, no pudo eludir, en su época decadente, la presión de un arte que era «especie de logogrifo en que el mayor lauro se daba a la alusión más remota, al tropo o figura más desafortunada, a la locución más cresta y altisonante» (1).

Pero en estas páginas que ostentan a fuego la marca de la época, topamos aquí y allá con aciertos de frase felicísimos, de perdurable belleza. Gracián pudo decir que «hay conceptos de un día, como flores y hay otros de todo el año y de toda la vida» (2).

Y es indiscutible que Francisco de la Torre sabía mucho de nuestro glorioso Santo. Sus fechas y sus episodios concuerda, caso to-



Gráfico del primer viaje a la India de San Francisco Javier

Gráfico del primer viaje a la India San Francisco Javier

dos, con los episodios

y fechas de Schurhammer S. I. (3) el más estudioso y completo biógrafo de

(1) «Historia de las ideas estéticas en España» de Marcelino Menéndez Pelayo. —II (siglos XVI y XVII). Edición Nacional de las Obras completas.— Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—MCMXL, pág. 353.

(2) «Agudeza y Arte de ingenio» del P. Baltasar Gracián. (Cita de Menéndez Pelayo).

(3) «Vida de San Francisco Javier» por el P. Jorge Schurhammer, S. J.—Bilbao, Editorial «Cultura Misional» S. A. 1936. (Versión directa del alemán por el Padre Félix de Areitio, S. J.)

San Francisco, pues aunque el nacimiento lo retrasa hasta 1947, en esto no hizo más que seguir a todos los biógrafos que incurrieron en igual error hasta que nuestro egregio Analista P. Moret dió con la fecha exacta.

En la penuria de Vidas de San Francisco, de biógrafos españoles, nos place reproducir del «Peregrino Atlante» el relato del primer viaje a las Indias de nuestro Santo y cuya fecha centenaria se cumple en abril de este año (4).

Es la India del Oriente, opulenta porción de la Asia; cuando en esta florecían el Romano Imperio y el Cristiano nombre, se frecuentaba por dos caminos su comercio; el uno por Asiria, por los ríos Eufrates y Tigris y por la ensenada de Persia; y el otro, por Egipto, por el seno de Arabia y mar Eritreo.

Pero después que el Mahometano poder sujetó tanta parte del mundo, en estas regiones, al paso que se les extendió a los infieles el Imperio, se les cerró a los católicos el camino. Otro más seguro, aunque más prolijo por constar su rodeo de 4.000 leguas, descubrieron los portugueses, enseñados de la necesidad, el ingenio y el valor; que todo cupo en su Príncipe Don Enrique, hijo del Rey Don Juan el Primero, docto matemático y famoso cosmógrafo, primer investigador de este tan largo y dificultoso rumbo.

A penetrarle en fin, se entregó nuestro insigne Héroe; fiado de la superior Providencia, que es inagotable abundancia, sin más viático para la vida del camino, que la esperanza en el que es camino y vida: embarcóse, y en la noble llama de su ardiente espíritu, se entregó la luz a la vela, para brillar; y el fuego al aire, para crecer. Iban con él dos de la Compañía, el Padre Paulo Camerto, insigne en la virtud; y el Hermano Francisco Mancilla, portugueses. Fué (5) este memorable día, principio a la carrera de tanto sol, el de 7 de Abril; y el año el de 1541, siendo el feliz, que mereció tener a Francisco junto a sí, el Gobernador Don Martín de Sossa, en su Capitana Santiago (6), cuyo triunfante nombre, será siempre unión, y similitud con el de Francisco. ¡O admirable conformidad la de entrambos! Pues si Jacobo fué uno de los principales discípulos en la Compañía de Cristo, Xavier fué otro de los primeros apóstoles en la Compañía de Jesús. Fué también Xavier, como Jacobo, el partícipe en divinos consuelos de las glorias del Tabor; y el próximo en gloriosos afanes, a los sudores del huerto. El que pudo en sus

(4) He de citar aquí la obra, tan interesante como rara, del Licenciado D. Matías de Peralta Calderón, titulada «El Apóstol de las Indias y nuevas gentes San Francisco Xavier» impresa en Pamplona en 1665 por Gaspar Martínez, segunda impresión, y que está traducida del latín y del italiano en que primeramente se publicó en Bolonia, Genova, Gratz y Antuerpia. La obra no es biográfica, sino relación de los favores y milagros del Santo en Pótamo, Napóles, Parma, Méjico, Manila, Gualaquiles, etc., etc., y de las ciudades que acordaron declarar Patrono a San Francisco Javier. Comienza el libro con la Bula de Canonización. D. Matías Peralta era Primitivo de la Congregación de San Francisco Javier fundada en la Parroquia de la Santa Vera Cruz, de la ciudad de Méjico.

(5) El 7 de Abril de 1541, cumpleaños de Francisco Javier, partió la flota de la India Oriental, de Lisboa.

(6) Tocóle embarcar en la nave capitana «Santiago», de 700 toneladas. Iba con él don Martín Alfonso, almirante de la flota.

pretensiones pedir la silla, porque apuró en sus trabajos el Cáliz. El peregrino honor de España. El Boarneges, hijo del Trueno, en el rayo de la predicación. El Santiago, a quien le admiró Travancor, en su valeroso nombre, vencedor de infieles ejércitos; siendo hoy Goa, en su incorrupto venerable cuerpo, Santuario de la India, Compostela del Oriente.

Instóle el Gobernador de la Nave, al insigne Peregrino, admitiese su mesa, o a lo menos, la ración que se distribuía en los otros pasajeros. Esta aceptó solo, que dándola a los pobres, y pidiendo limosna para sí, ejercitaba humilde, y generoso, la caridad a dos manos. Empezó en fin la Nave, flecha, con alas, despedida del Arco del Puerto, a penetrar en navegación de 4.000 leguas, todo el cuerpo del agua, todo el corazón del mar. Nuevos, varios, apacibles objetos ofrecía a la vista el viaje, y a las Islas Fortunadas, y a las de Cabo Verde, que por amena fresca, las llamaron los alumnos de las Musas, huertos de las Hespérides. Descubriase también en la serenidad del Cielo, el esplendor de ignotas Estrellas; y en la transparencia del mar, la magnitud de nunca vistos peces. Pero Francisco, aunque bien docto y sutil, no apacentaba en curiosas novedades el discurso, sino en altas consideraciones el fervor, tomando hacia el Cielo, en íntimas alturas de Espíritu; de las estrellas, la luz; de los peces el silencio; y de las islas, el hallarse en los humanos afectos, por todas partes apartado de la tierra.

A mil llegaban los vecinos del marítimo Pueblo, que ceñía el espacioso muro de la Nave,

*A orillas del Tajo, desde un púlpito al aire libre, ante la Flota de las Indias ya dispuesta, San Francisco dirige su última alocución a los ya sitiada de calmas, y compañeros de viaje*



ya combatida de tempestades (7). Al paso que el viaje crecía, el alimento menguaba: corrompido el que había, quitaba la salud y no la hambre; y el mísero que conseguía algún consuelo a la sed, en el agua, bebía la enfermedad. Encendióse en mortal peste el Navio, cuando Francisco, entre aquellos contagiosos incendios, era el Fénix, que en gloriosas ansias moría, porque viviesen todos. Comprendía el temor a los que no alcanzaba el achaque; todos huían de la piedad, por no dar en manos del peligro: pero Xavier con fervorosa asistencia, respirando compasiones, se hizo vecino del contagio, por hacerse Ciudadano del Cielo. Visitaba a todos. Médico de entrambas saludes; siendo para cualquier enfermo el tacto de su mano, en el pulso, toque de Dios en el alma. Lavábales humilde la ropa; y prudente al Sol de la Confesión, les extendía la conciencia. Cocía los pucheros, y sazónábalos con sal de Gracia, los espíritus. Y en estas cuentas de su ansiosa vigilancia, partiéndoles la comida, se multiplicaba el mérito. Curación y cuidado de todo, fué el celeste peregrino; pues con sus fervorosas pláticas, en las depravadas costumbres de la Nave, desterró de los ociosos corazones, las olas de la sensualidad, el aire de la blasfemia, los vaivenes del juego, y borrascas de la ira.

Desde entonces, con estas ejemplares obras, aquellos que en divinas asistencias, le discurrieron Santo, y en numerosos beneficios le veneraron Padre, le rindieron el honor, que aún hoy permanece en la India, de ser conocido Francisco con el nombre de Padre Santo.

Siempre de esta manera lució Apostólico Iris de los consuelos, y victorioso Alcides de los afanes; nunca más que entonces fué el océano teatro de su valor. Pasó la Tórrida Zona, y la Equinocial línea, poco después del Equinocio, que es cuando se puede decir, y se puede padecer; porque en aquel paraje, el Sol, con ardiente inclemencia, es tan tirano, como vecino (8). En ninguna parte más que en aquella, son sus luces rayos; cuya imperiosa reflexión, en la extendida tabla del mar, se introduce incendio, levantando en vez de espumas, llamas. Allí se apuró el crisol de los esfuerzos, y la quinta esencia de los trabajos; pues en los más robustos de la Nave, hilo a hilo destilada para la tijera de la muerte, se devanaba en sudores la vida. Allí trocaron elementos, los más valientes corazones, cuando sus palpitantes impulsos no respiraban al aire, porque espiraban al fuego.

Vencido este ardiente reventón, y penetrado ya en el tránsito de dos mil leguas, el navio de Xavier, llegó al cabo de Buena Esperanza, pero no al cabo de los peligros; pues a vista de aquel paraje, entrándose África en el mar, por muchísimas leguas, en forma de lengua o punta, a los dos lados, se encuentran dos poderosísimos mares; en cuyas opuestas campañas, son siempre crueles borrascas, inevitable golpe de aquella punta; y encontrados vientos, fatal respiración de aquella lengua. Apartóse de la peligrosa orilla, buscando golfo, la Armada, y por huir el riesgo, se introdujo en nueva

(7) Los comestibles consistían en galleta dura, carne en salazón, pescado, poca y mala agua.

(8) «Iar, temidas calmas junto a las costas de Guinea. Durante cuarenta días quedaba el navio como clavado bajo un sol abrasador» (Schurhammer).

**apretura. Alargó con el rodeo** el camino, y no abrevió con la seguridad el trabajo.

Llegóse a otro extremo, navegó la parte del Polo, correspondiente a la helada Zona, donde al golpe de la penetrante frialdad, era miserable trofeo del ahogo, la triste respiración de los pechos; suspendíase el gemido al respirar, porque se helaba al padecer. Inmóviles las acciones, y entorpecidos los miembros, eran ya en los fríos exámenes de mármol pretendientes del sepulcro. Allí la más leve turbación, fué marearse; y en tantos peligros, milagro del valor, y la constancia, no morirse. Por todo esto pasó Francisco, y se quedó **con** todo esto; pues siempre mirando al Polo de la soberana Cruz, fueron sus asistentes los fervores, y sus socios los afanes. Entregóse su piedad a un golfo de fatigas; y en el ministrado consuelo, acordándose de las ajenas, se olvidó de las propias; faltando a las de ninguno, padeció las de todos. Pero que mucho! Si fué Sol de caridad, más ardiente entre los hielos, y diamante de firmeza, más lucido entre los Soles! Móvil pendiente metal, más sonoro cuanto más herido; campana de la Iglesia, que condujo a su gremio los más remotos confines; cuya evangélica lengua, fué de agua en el Bautismo, de fuego en la predicación, y de metal en la constancia.

¡O suave armonía en los Amantes del Cielo, la de padecer por amar! Celestial Organó es del Coro de los Angeles, del Templo de Dios, el que gustoso respira sus alabanzas, con los golpes de los trabajos, con el aire de las tormentas. Del pesado plomo del afán, salen inmortales las letras de la virtud. Con las tintas de las angustias, y el humo de las tribulaciones, imprime lucida sus obras, para el libro de la vida, la impresión de la caridad. Gala es para el mundo, el vestido a golpes acuchillado; Gloria es para el Cielo, el corazón a combates herido: Acierto es del brazo, el golpe en la pelota: Acierto es de la virtud, la herida en el sufrimiento: Concierto y vida del reloj, es el peso: Vida, y concierto del justo, es el trabajo: Precio de la Gloria, son los afanes: Con la moneda de corazones batidos, se compran los solios estrellados.